



EN PRIMERA PERSONA
Pilar Bonnett
y "lo que no
tiene nombre"

Página 3



CONTRATAPA
Mikhail,
Stalin y
la bataclana

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 169 | JUEVES 26 DE FEBRERO DE 2015



A cien años de su nacimiento

**Enrique
Wernicke,**
un narrador
en la orilla

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La escritora Laura Devetach y el ilustrador Diego Bianki son los dos candidatos por la Argentina para el más importante premio que se otorga en la Literatura Infantil y Juvenil, el Hans Christian Andersen, edición 2016. Este premio es el galardón internacional bianual que otorga, luego de un pormenorizado proceso de selección, la Organización Internacional del Libro Infantil y Juvenil, como

reconocimiento a la trayectoria y a la contribución perdurable de la obra de un autor vivo a la literatura infantil. Laura Devetach tiene una enorme y fructífera carrera como escritora de literatura infantil y juvenil, que se inició en 1966 y desde entonces ya lleva editados más de 70 títulos, tanto en Argentina como en Cuba, Estados Unidos, Alemania, México y en la República Checa.



A cien años de su nacimiento

Enrique Wernicke, un narrador en la orilla



GUILLERMO SACCOMANNO

Las semblanzas biográficas de Enrique Wernicke (1915-1988) destacan, por lo general, la "experiencia" como aspecto central de su práctica literaria: distintos oficios, actitudes políticas. La literatura de izquierda de esos años, la franja que va del 40 a fines de los 60 manda al frente, valorizándolas, todas aquellas prácticas que presentan un costado tosco, ligado a la experiencia. Porque lo narrado se legitima desde ahí, desde la experiencia. Sin embargo, aunque Wernicke dispone de esta autoridad, a medida que avanza en la escritura de cuentos, el reflejo verista se va achicando en función de la aspersion y la neutralidad que caracteriza la fábula. Wernicke se sale del género (aunque el oficio puede venirle de haber mencionado alguna vez en el relato infantil, *Los niños moraleja* y, en su brevedad, el cuento, como un *kuon gon*, aspira a la revelación, al *insight*.

Con frecuencia se ha dicho que

Wernicke es un escritor mítico. Paradójicamente, la categorización de "mítico" se vincula con el calificativo de "olvidado". Con respecto al mito, sus datos biográficos apuntan a consolidarlo y puede conjeturarse que, en alguna medida, el mismo Wernicke contribuyó a esta construcción. La militancia en el Partido Comunista (PC) y su expulsión, una diversidad de oficios entre los que se destaca el de fabricante de soldaditos de plomo, un corsé deliberado de los circuitos de prestigio cultural, el alcoholismo y su reclusión en la ribera tienden a apuntalar su fama de lobo estepario. Como alguno de sus personajes, en esta construcción Wernicke se ubica en los bordes. Pero, ¿y su narratividad? Así también hay una elección de los márgenes. Si bien Wernicke escribió novelas, teatro y fugazmente poesía, su consolidamiento como narrador se debe casi fundamentalmente a sus cuentos, en los que opera una poética de la restricción. Aun cuando el

suele ser inferior a la de una novela. Que Wernicke dedique a sus cuentos el cuidado obsesivo de un orfebre induce, desde una perspectiva lúdica, a una interpretación que relaciona lo biográfico con la escritura: la fabricación de soldaditos y la creación de cuentos brevísimos como actividades complementarias. Juguetitos, en ambos casos. Pero no hay que engañarse: los cuentos son juguetitos rabiosos.

La suya, se ha dicho, es una narrativa de gestos cortos, frases que eluden toda estridencia. De entrada, lo que llama la atención es una prosa despojada, tersa, que puede recordar tanto a Chejov como a Babel. Wernicke marca, desde sus inicios, la búsqueda empeñosa de una separación de la ciudad. El alejamiento responde a una elección, en términos sartreanos, que lo impulsa a un estancamiento encallecido identificable con el destino de los perdedores. En el afuera se describe un tiempo donde cada acción tiene otro tiempo, otro espacio. Wernicke explica lo que postula como su poética: "una voz leída para razonar pasado". Su poética está cifrada en la síntesis. "Jamás imagi-

né que las palabras tuvieran un poder semejante" escribió. "Apenas si voy por la mitad de un cuento y siento como si me hubiera pasado toda la vida en este campo". Hombres, animales, herramientas, trabajos, responden a una misma estrategia: el rescate de los márgenes. En tanto, la voz del narrador, sutil, pasada, se impregna con el "tiempo" de lo narrado.

A Wernicke, en su tiempo, no le fue fácil encontrar aceptación. Aún cuando pudo ganar algún premio estatal, su narrativa tiene un número reducido de lectores. El panorama literario de su época se divide en polos antagónicos: la izquierda heredera de las premisas del boesidismo, por un lado, y por el otro la derecha, dueña de los rotogravados dominicales que festejan a Mallea. Wernicke se aparta a la vez del solbanovismo y del espiritualismo atribulado que, más tarde, será patrimonio de Sabato. Wernicke elige la autoexclusión y se desplaza al margen, la zona de la ribera. Menos inquieto está más atento a los mecana-

mos de articulación del relato. Desde 1940 y hasta su muerte en 1968, Wernicke publicó dos novelas ascéticas e insulares, *La ribera* y *El agua*, y cuatro libros de cuentos. En "Un cuento tan breve", uno de sus cuentos cortísimos, un escritor le responde a un editor sobre su propuesta estética: "A veces bastan cuatro palabras para plantear una situación dramática". En sus últimos años, Wernicke comenzó a llamar la atención de los jóvenes escritores que se reunían tanto en *Cástermo* como en *El escarabajo de oro*, quienes buscan generar una literatura diferenciada tanto de los cánones del PC como de Sar. La forma de contar de Wernicke, toda una política literaria, lo vincula con los escritores norteamericanos duros. Y en estos años, la literatura americana ejerce un efecto fuerte en las nuevas generaciones. Sobre el final, para unos pocos avasados, Wernicke deviene a un tiempo modelo e influencia insoslayable. Será quizá en la obra de Miguel Ángel Asturias, en la zona de campo y de bolche, donde repercutirán nitidamente algunas de sus enseñanzas sobre una conciencia tan tajante como eficaz.



Las obsesiones de Ana María Matute, una de las escritoras españolas más celebradas de su generación, muerta el 25 de junio de 2014, regresan en *Demonios familiares*. Publicada por Planeta, la novela, que si bien quedó inconclusa está trabajada con la misma precisión que las otras de Matute, transcribe en julio de 1936 -comienzos de la Guerra Civil Española... y tiene como protagonista a Eva, una mujer que

regresa a la casa de su familia en una ciudad céntrica de España y se encuentra con su padre, el Coronel, un hombre autoritario que siempre la trató con distancia. En esta historia, que se relaciona de alguna manera con su novela anterior, *Paraíso inhabitable* (2008), se despliegan los viejos temas de la autora de *Los hijos muertos* (1958): los recuerdos, los silencios, los rencores, la soledad y la dificultad del amor.

En primera persona: Piedad Bonnett y “lo que no tiene nombre”



JAVIER CHIABRANDO



LO QUE NO TIENE NOMBRE. LA POETA COLOMBIANA EXORCIZA EL DOLOR DE LA MUERTE DE SU HIJO EN UN LIBRO TAN DESGARRADOR COMO LUMINOSO.

Conoció a Piedad Bonnett en Quito en setiembre de 2012. Si no estoy equivocado (aunque poco importa ahora), aquel era su primer viaje profesional luego de la muerte de su hijo Daniel, que el 14 de mayo de 2011 se había lanzado al vacío desde un edificio en Nueva York. Daniel tenía 28 años. Era artista plástico. Había estudiado artes en la Universidad de los Andes con una especialización en Arquitectura. Cursaba una maestría en la Universidad de Columbia. Oía voces. Por las noches se despertaba sobresaltado creyendo que lo querían matar. En su funeral Piedad lo recordó con estas palabras: “Daniel amaba la vida. Amaba el sol y el agua, la buena comida, el cine, la música. Amaba también el conocimiento. Y amó mucho su arte, el dibujo y la pintura, a cuyo estudio y práctica dedicó muchas horas, de las que derivó, sin duda, mucha felicidad”.

Estábamos almorzando cuando Piedad nos habló de la muerte de Daniel. A medida que su relato avanzaba ella se fortalecía y los que la escuchábamos nos volvíamos de papel. Era evidente que le hacía bien hablar de eso. Que era una forma de exorcizar el dolor. Tal vez se lo habían recomendado como una forma de evitar la proyección que, según dicen, va por dentro. Al día siguiente me llamó aparte y me dijo: “traje tres libros, uno se lo dio a tal y tal (no recuerdo los nombres), el otro a tal, el tercero quiero dártelo a ti”. Desconozco sus motivos, pero me comunique tanto recordarlo como contarlos. Ese libro era *Los privilegios del día*, del 2008, una antología poética editada por el Fondo de Cultura Económica y prologado por José Watanabe. El libro es deslumbrante, pero no es la obra poética de Piedad. Al

leerlo me dio gusto encontrar poemas que remitan a cosas que ella había contado en la charla abierta al público que había dado en el evento “Ciudad de Letras”. Me dio gusto ver que escuchando lo que contó en esa charla, y leyendo sus poemas, estuve tan atento como ella se merecía.

Aquí termina esta parte de la historia. Volví a cruzarme con Piedad en Medellín en setiembre de 2014. Digo cruzarme porque fue así, nos cruzamos de casualidad en el restaurante del hotel, cada uno camino a sus cosas. A ella le llevó unos segundos reconocerme. Pero sé que recordó esa charla en la mesa del restaurante que quiero porque enseguida pasó a contarme que estaba presentando *Lo que no tiene nombre*, el libro donde narra lo que le había sucedido a Daniel. Me dijo también que era un libro que antes de entregar al editor había sido leído y aprobado por el resto de la familia. Para mí era sencillamente la historia de su vida, una historia importante que se edita, y no faltaron

Al fin llegó el momento de sentarme a leer *Lo que no tiene nombre*. Por mucha admiración y cariño que tenga hacia ella, debo reconocer que es un libro que apenas puede leer a los saltos, buscando acá y allá los fragmentos donde se ratificaba lo que ya sabía de la boca de Piedad. Es un libro tan doloroso que uno desearía ignorar que no es ficción. Y si fuera ficción, también sería doloroso leerlo. Pero a la vez es un libro con un lado luminoso, que recupera la vida de un joven brillante, malogrado por una enfermedad que no le dio tregua.

Imposible resumir lo que se ha dicho y escrito sobre este libro. Imposible y quizá innecesario. Es un libro que no se debería reseñar. Que no se debería evaluar con las armas características de la crítica literaria. Está ahí simplemente porque Piedad quería, debía, necesitaba contarla, con voz tan clara como aquella vez en la mesa, cuando dijo lo que dijo.

Aun así, se respetaron los privilegios de la vida, y no faltaron

quienes ayudaron a construir mejores lectores de lo que había sido yo. El argentino Andrés Neuman dijo: “Estambien una forma de seguir cuidando al hijo más allá de la muerte, de defenderlo contra el frío, comprarle ropa nueva, preguntarle por los estudios y por su arte. Aunque no haya ningún sobre en la habitación, todo suabido es una carta a los seres que se dejan en la vida (...) Piedad Bonnett ha vivido el duelo en compañía de la literatura”. El colombiano Héctor Abad le encontró un aspecto útil: “Los psicólogos, los psiquiatras, los enfermos y los familiares de personas que padecen una enfermedad mental, deberían leer este libro. Así como se encontró el bacilo que ocasiona la lepra; así como el cáncer se puede contener, operar, a veces curar, así mismo, con el valor de Piedad, tenemos que ser capaces de mirar a los ojos los efectos devastadores de la enfermedad mental.”

De Piedad Bonnett se puede contar también que nació en Analfi, Antioquia, es licenciada en Filosofía

y Letras de la Universidad de los Andes donde además es profesora, tiene una maestría en Teoría del Arte, la Arquitectura y el Diseño en la Universidad Nacional de Colombia. Es autora de las novelas *Después de todo*, *Para otros es el cielo*, *Siempre fue invierno* y *El prestigio de la belleza*. También ha escrito cinco obras de teatro.

Lo que no tiene nombre cierra con estas palabras: “He vuelto a parirte con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria”. Yo prefiero como cierre de esta nota un poema del libro que ella me regaló, y que a pesar de que es de 1995, y que seguramente nada tiene que ver con Daniel, no pide evitar relacionarlos:

*Frío te a la enorme puerta te detenas.
La noche te abre para los ritmos
y un agua clara y tibia corria hacia tu pie.
Había luz en las rendijas, coque
apagadas, secretas, tope ruidos
que no debías ser. Quizá ese pedregón
respirar fuera llanto. Quédate allí en ocultas,
de Piedad Bonnett.
Pronto pasará esta puerta. Para siempre.*

En *Los cañones del atardecer* (Crítica), voluminosa obra del historiador estadounidense Rick Atkinson que concluye su trilogía sobre la Segunda Guerra Mundial, se reconstruye con pulso vibrante el tramo histórico que va desde el del desembarco en Normandía hasta la capitulación alemana el 7 de mayo de 1945, haciendo foco en el devenir táctico-militar y paralelamente en los pliegues de un arco emocional

que va del heroísmo a la traición. A setenta años de la finalización del emblemático conflicto bélico, la última entrega de la serie conocida como *Trilogía de la Liberación*—que arrancó con *Un ejército al amanecer* (2002) y continuó con *El día de la batalla* (2007)—narra el derrotero de los aliados desde una perspectiva que alterna las precisiones militares con el relato subjetivo de los soldados.



DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ Luis Soto

Mikhail, Stalin y la bataclana

Una rifafga del siroco, un frío fletado al frente de un camión, una mierre que camina en sandalias, sin medias, a 3 grados bajo cero, han bastado para que sienta, sin salir de Buenos Aires, que vuelvo a otro país, otro tiempo. Fenómeno curioso que no cesa de darse. Hace unos días había ido al pasaje Buttler, cruzo callecitas que trazadas en una diagonal, convergen en un plaza, al 2100 de avenida La Plata. Parecen arrancadas de "Porte de Lillas", aquella película de René Clair que mostraba rezagos de un suburbio de París. En la plaza un grupo de chicos se pasaban una pelota de goma. Al rato se segregó un tipo de unos 35 años que con un diario debajo del brazo participaba en la ronda callada y conabsoluta seriedad, como debe ser. Mágicamente me sentí a mediados de 1969, en un pueblito: Pont de Cherouy, en las afueras de Lyon, donde me había hecho aterrorizar mi manía de no usar medias, ni almancanes para definir el rumbo de un viaje. Una mañana acababa de comprar *Le Monde* y al cruzar por una plaza, al costado del único colegio del pueblo, vi a unos cuantos alumnos dedicados a la antigua ceremonia de hacer jugueto. En cuanto la pelota vino hacia mí—soy argentino—la pisé, empecé varios toscos que toca a la suela y se la entregué al que tenía más cerca. Mi curriculum fue tícidamente aprobado y me prendí al jugueto. Hasta que soñó una campana: había terminado el recreo. Me senté en un banco y al desplegar el diario me comovió un recuadro destacado en la tapa que informaba el incendio en Buenos Aires de siete soides del supermercado Minimax y el asesinato de Augusto Vandor. Sentí que era absurdo haberme puesto a patear zigzag a esas dos noticias que andaban entre el cinturón y la remera. Al día siguiente me acordó el diario. Erán los días del Cordobazo. Plácidamente sentado hasta un minuto antes, me sentí el busto de un presunto hé-

roe—pensé en Camborne, el general de Napoleón que gritó "mierde" cuando lo exigieron que se rindiera—a punto de ser blanqueado de una paloma resuelta a cumplir lo que interpretaba como una orden del general. Hubiera querido estar en mi país con amigos, pero me tuve que reducir a hablar por teléfono y escribir cartas sabiendo que no tendría respuesta antes de 15 días. De los 2.000 habitantes de Pont de Cherouy más de la mitad eran de origen armenio. Allí vivían unos pocos ancianos nacidos en su tierra y que habían huido hacia Francia de la masacre ejecutada por los turcos en 1915. Pasé allí dos semanas, alojado en un almacén de ramos generales. La dueña era una señora nacida en Erevan, que servía la comida en una archa surtida de fierro con un puchao de cigarrero en la boca. En la sartén ponían convivir conejo a la cazadora, habas guisadas, croquetas de atún y un revuelto de berenjenas. Como tercer marido madame Moujian había aceptado a Mikhail, hombre de unos 70 años, baja estatura, decolorado, ojos saltones. Le decían abuelo, no le hablaban y ella lo trataba como a un niño fastidioso. "Después que lo atropelló una moto...", contaban sin más detalles. A ratos daba la impresión de ser culto, de buen decir, pero caía en pantanos de las que volvía hosco y vulgar. Lo noté interesado en armar relación conmigo, me propuso jugar al domingo. Erán largas partidas bajo una pérgola flanqueada por cerezos. Enorme placer sentí yo en entornar los ojos, acunado por el canturreo de Mikhail en un idioma jamás oído, y arrancar a mano cerezas color sangre. Charlábamos sin apuro, en realidad yo lo escuchaba. Empecé a quererlo. "Ellos no tienen idea de quién soy", confesó, Prólogo del relato. Y en la misma ciudad: Gori. Ina-

ginaté...". No me imaginaba. Señaló que en 1920 un terremoto destruyó a Gori, pero ya habían nacido los dos. Aprendimos a nadar en el río Laskhi. Mi padre era zapatero, como el de Stalin. La madre de él era lavandera, la mía, modista. Admiro sólo a dos hombres: Stalin y Toté. Vi seis veces la película de los parajitos", dijo. Recuerdo que distraído con el paralelo staliniano, me ahorré el doble seis, lo que en dominó significa renunciar al triunfo. "Ha venido a visitarme", contó. "¿Quién?". Bajó la voz. "Yo le digo Pepé. Mi esposa le preparó dolmá, su plato preferido. Hojas de parra rellenas", aclaró. Yo tenía que decir algo: "¿cómo está?". "Fuerte, entero, ni una cana, la mirada no perdí filo. Si vamaos al bosque él lleva un hacha. Esté como en la foto de Yalta". Decidí asomarme al delirio de Mikhail. ¿Cómo podría ser la cara de Stalin en la 92 o 93, o este Pepé seri protagonista de una reencarnación? "¿Sabés cómo se llamaba Stalin?", desafió Mikhail. No. "Iosif Vissariónovich Dzhu-gashev Geladze", escribió con letras gordas y toscas. Había más. "Stalin es hipertenso, como yo. Yo tomo el mismo remedio", dijo. Lo del remedio quebró las fronteras de mi tolerancia. Comprendí que haber hallado un oyente le permitía dar vuelo a sus fábulas, pero ya no tenía mesura. "Toté era misión", fue lo último que oí. Me había desenchufado. Creyendo que se refería a Stalin pregunté burlón: "¿usted también?". Respondió en su idioma. En esos días festejaron los 15 años de una nieta de madame Moujian. Contrataron un salón en Lyon—un cartel anunciaba "cabaret"—y se armó un banquete con manjares de la cocina armenia y buenos vinos. Todos estaban alegres, eufóricos. El cabaret con cuarentonas—le focal de baile clase C, serían aquí—brindaron torpes versiones de danzas orientales. El número fuerte era la úni-

ca copen del grupo, una bailaora de mantilla y polleras negras y blanca y zapatos rojos. Cuando la muchacha lucía su bravura Mikhail se lanzó a la pista, sin la gracia y el porte de Antonio Gades, pero con fervor y notoria adoración por la danza. Ella trató en vano de combinar algún paso con los brinco de su partenaire. Sin grosiera agradecer el aporte y dio por concluida su actuación. Mikhail corrió al mostrador, tomó una copa de champán y avasó hacia la bailaora. Un breve forcejeo, le quitó un zapato, lo llenó de champán y con expresión ferocemente libidinoso se besó en la improvisada copa. Fue creciendo un silencio que presagiaba tempestades. Madame Moujian le dio fuego a uno de los puchos apagados que guardaba, se acercó a la pista, agarró de la solapa del saco a Mikhail y arrastrándolo por el piso lo tiró sobre el teclado del piano. Deslizó un billete dentro de la blusa de la muchacha, tomó los zapatos rojos y los fue pateando hasta el piano. Mikhail miraba de reojo. "Ponélos y bailá", ordenó madame. "No, Memé", clamó Mikhail. "Vámos", exigió ella. El trepó a los tacos, su rostro hostigado por los focos del cabaret, alcanzó a dar unos pasos, quiso hacer un giro, trastabilló y no pudo evitar la caída sobre una alfombra mugrienta. Fue el último acto de la fiesta. Madame Moujian ordenó apagar las luces. Mikhail desapareció un par de días. "Nunca en mi vida me sentí tan ridículo. Pero Pepé no me iba a abandonar vencido", me contó cuando volví a verlo. Tanteaba crear un desenlace menos humillante con la entrada en acción de su amigo. Se me ocurrió que de Stalin me acordaba. Me acordaba asociado la imagen final del poltre



Mikhail con su bufón, el emano bisexual Yezhov, pero no dije nada. "Pepé se acercó a la chica y aunque es costumbre georgiana, no quiso beber champán en el zapato. No sé si viste, inclinado sobre ella se puso a lamerle el pie descalzo. Siempre lo enloquecieron los juvenetas. Tenías que haber visto a Valentina Istomina... Lo importante era que ya nadie se fijaba en él. Pepé se retiró al palco que yo había reservado para él y su secretario". "¿Secretario?", dudé. "Sí, Bera. Lavrenty Bera". Estaba confundido, no sabía cómo seguir. Me pareció solidario colaborar. "Le habré dado instrucciones. Alguien se metió en el camarín de la muchacha, una inyección de anestesia y le cortó el meñique de su pie. ¿Se enteró?", dije en tono neutro. A la fantasía de Mikhail se le presentaba una salida que no era desafortunada. "Sí, claro—reacción—. El mismo Bera envolvió el dedo en un pedazo de algodón y lo dejó en un bolsillo de la chaqueta de Pepé". Cuando lo avisé que regresaba a Buenos Aires lo apretaron los labios. "Pasen cosas allí. Quiero volver", explicó. "Me quedo solo". "Está Memé...". "No, no... Píerdolos amigos...". "¿Por qué?". "Si vos no estás, Pepé no va a venir", "No entiendo. Es su amigo". Le costaba elegir palabras, sentía un bufido. Aunque venga, si vos no estás, Pepé no va a ver. Entonces, ¿cómo puede creer que estoy?", dije. "Chau, Mikhail", me despidí. Dándole la espalda contesté en su idioma.